

MANUEL ASTUR

SAN, EL LIBRO
DE LOS MILAGROS

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2020 by Manuel Astur
Este libro ha sido negociado a través de MB Agencia Literaria, S.L.
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, acuarela de un manuscrito persa
sobre magia y astrología (1921)

ISBN: 978-84-17902-28-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 4053-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

PRIMER CANTAR

LA MATANZA

7

SEGUNDO CANTAR

LOS GUSANOS

57

TERCER CANTAR

EL MACHO CABRÍO

123

Es por amor a la fuente por lo que
el arroyo se aleja de ella y se convier-
te en afluente, en río, en océano, en
sal, en azul, en canto.

CHRISTIAN BOBIN

Ningún animal ha visto las estrellas;
ni una sola estrella es conocida por un
solo animal. *Nosotros* tenemos todas
las estrellas.

ELIAS CANETTI

*Para Sara, mi madre, y Raquel, mi com-
pañera de viaje: xanas con las que de-
senredo cualquier hilo de oro sin rom-
perlo.*

PRIMER CANTAR
LA MATANZA

Somos las primeras palabras. Somos los que fuimos y los recién llegados. Somos la fiesta y la jornada de trabajo y somos el aburrimiento. Somos el que os quema y somos el que os apaga. Somos el que os despierta por la mañana y el que os derrumba en la cama al llegar la noche. Por supuesto, también somos el que os quita el sueño. Somos el Enemigo y el único consuelo. Casi nada. Un puñado de palabras, las últimas palabras.

Estuvimos a punto de callar. Primero, lo dejamos para más adelante. Más adelante, lo postpusimos para después. Pero nunca llegaba el momento. Por fin, nos dijimos: no, este momento es el momento porque es todos los momentos. Tenemos la voz y tenemos el tiempo.

Tenemos todo el tiempo.

Del mismo modo que una piedra que ha estado todo el día bajo el sol aún irradia calor durante un buen rato al caer la noche, hay un instante en los serenos ocasos de verano en que cualquiera diría que los objetos brillan, como si devolvieran parte de la generosa luz que recibieron a lo largo del día. Era entonces cuando Marcelino dejaba lo que estuviera haciendo—la azada con un terrón de tierra, la pala clavada en el heno, la guadaña fresca de sangre olorosa y verde—, se incorporaba, se pasaba el dorso de la mano por la frente y contemplaba el valle a sus pies. Todo relucía y resonaba como una campana de luz dorada. Dejaba que sus ojos se llenaran de cielo.

También aquel ocaso de julio Marcelino se detuvo y contempló. La casa, el hórreo, el carro con su lanza hacia el cielo, la paja seca, las mazorcas de maíz, el lomo de las vacas volviendo a casa por el camino, el cuenco del perro, el bidón oxidado entre las ortigas, el hacha en el tocón, las astillas y troncos partidos, el serrín del suelo, incluso el musgo que abrazaba las piedras del muro que delimitaba el pequeño huerto, incluso los árboles del bosque cercano y las cumbreras de las montañas: todo resplandecía recortado contra el cielo azul profundo donde el primer lucero comenzaba a anunciar la nueva era. Todo menos la gran mancha de sangre en el serrín y el cuerpo de su hermano, tan oscuros que más bien parecían atrapar la luz, como si de ellos surgiera la tinta negra que poco a poco llenaba el valle, colmaba el cielo y dibujaba los murciélagos que comenzaban a bailar alrededor de la luz amarillenta de la única farola de Cobre.

Pero lo cierto es que no había querido hacerle daño.

Ya le había pasado una vez, cuando era niño y en el colegio de Villar todos le llamaban tonto y follavacas. Contraían sus rostros y abrían mucho las bocas, en una expresión incomprensible que a él le recordaba a la de los caballos, y le señalaban con el dedo mientras gruñían. Hasta que un día sujetó a uno para que dejara de hacer aquello y resultó que tenía unos huesos como los de un gorrión. Aunque no quiso hacerle daño—luego su padre le haría mucho más daño a él—, aquella vez fue para bien, pues lo expulsaron del colegio y ya nunca tuvo que volver.

Sin embargo, esta vez sería para mal. Sin duda lo sería.

Llevaba días troceando un ciruelo que había caído durante la última tormenta. Su hermano apareció sudoroso y rojo por el esfuerzo de recorrer el camino que separaba la casa de la carretera y se sentó en un tocón. Vestía un espantoso traje de tergal y llevaba un maletín con las esqui-

nas deshilachadas. La gomina se había reblandecido por el sudor y los largos mechones del flequillo con los que trataba de taparse la calva de la coronilla se habían echado a un lado formando una extraña tonsura y dándole un aspecto de monje medieval al que le produjera gran placer quemarse los huevos con un cirio. Sin siquiera saludar, todavía resollando por el gran esfuerzo de arrastrar tantos kilos, abrió el maletín, sacó unos papeles manchados con un cerco de vino y se los tendió a Marcelino, que los cogió y los contempló como un niño que mira un diccionario.

—Ya, ya, ya. No sabes leer, animal. Ya lo sé. Pero ni falta que te hace—dijo su hermano, y se levantó. Buscó de nuevo en el maletín y sacó un bolígrafo, que también le pasó—. Sólo tienes que firmar aquí y aquí y te dejo en paz.

Marcelino sostuvo papeles y bolígrafo cada uno en una mano, incapaz de comprender.

—A ver, puto subnormal: junta cuatro letras de esas de tonto que sabes hacer y ya está. O pon una cruz. Haz lo que te salga de los huevos. Pero hazlo ya, que no tengo todo el día—dijo, y volvió a sentarse en el tocón.

Lino trazó unos símbolos temblorosos que estaban mucho más cerca del homínido que estampa su mano en la pared de la cueva que de la escritura.

—Muy bien, tonto. Así me gusta. —Y metió los documentos en el maletín. Se incorporó, se echó hacia atrás el pelo y se dio la vuelta, dispuesto a irse. Pero enseguida se detuvo, como si se le hubiera ocurrido una idea, y añadió—: Lino, a ver cómo te lo explico. Esto que acabas de firmar son unos documentos por los cuales aceptas hacerte cargo de la liquidación de la hipoteca. —Dudó—. No, a ver. Mejor. Estos papeles quieren decir que todo lo que tienes, que era tuyo y mío porque antes fue de padre y madre, la casa, los *praos*, el hórreo, el huerto, las vacas, todo,

ya no es tuyo ni mío, sino de unos señores que vendrán a por ello cualquier día de éstos. ¿Entiendes?

Pero Lino no comprendía. Su hermano sacó una petaca del bolsillo interior, como si sintiera un leve aguijonazo de vergüenza o culpa, y echó un trago. El olor a alcohol de su aliento ahogaba el de la tierra y la hierba fresca. Como si discutiera consigo mismo, se armó de valor y se contestó, zanjando el tema:

—Mira, gilipollas. Ya no tienes ni casa, ni *praos*, ni vacas, ni huerto ni nada. Ya no tienes nada. Vete haciendo la maleta con tus cuatro mierdas y cuando vengan, marchas, porque no te lo van a decir dos veces y yo no quiero más problemas. ¿Entiendes?—Y echó otro trago.

Y entonces Lino lo golpea.

Su hermano suelta la petaca, se lleva las manos a la cabeza y palpa con los dedos con delicadeza, como si en verdad se le hubiera deshecho el moño. Cuando parece comprender, mira a Lino como si lo viera por primera vez, frunce el ceño, extrañado pero no enfadado, y vuelve los ojos hacia dentro, para verse por última vez. Se derrumba.

El gran río rojo cae por su frente, tuerce en el puente de la nariz, forma un lago en la cuenca del ojo, desborda por la mejilla, se extiende por el lienzo blanco de la camisa. De su boca entreabierta surge un sonido: no es un quejido, sin duda es el sonido de un desagüe. El perro de Lino, un chuchito pelirrojo, ladra.

—Ino, Ino—lo llamó su hermano.

Tendría seis años y era un niño simpático. Le encantaba llevarlo a *carripucho* en cuanto se lo pedía, aunque terminara doliéndole la espalda. No sólo no le pegaba todavía, sino que quería estar siempre con él y lo admiraba. Tenía

mucha imaginación y era muy listo. Podía estar horas escuchando las historias fantásticas que se inventaba.

Marcelino estaba sentado delante de la casa descansando, aprovechando que su padre se acababa de ir al bar. Oscurecía y las nubes eran tan rojas que parecía que ardieran los prados de detrás de las montañas. Las pequeñas ranas cantaban al frescor reencontrado.

—¡Ino!—gritó mientras fue a su encuentro. Y se le tiró encima.

Lino se rio.

Su hermano lo cogió de la mano y lo arrastró hacia la patera; debajo había un carromato de madera.

Señaló con el dedo una de las ruedas de la carreta y se agachó delante de algo.

—*Mía*, Ino.

Era grande y peluda. Enorme y malvada. Era tan fea como hermosa era la tela de araña en la que estaba y que vibraba con suavidad mecida por una brisa que sólo ella percibía. Los ignoraba mientras contaba monedas microscópicas con sus patitas. Su hermano se giró y lo miró con los ojos llenos de ilusión, como si hubiera encontrado un diamante.

—¡*E* guapa!—exclamó alegre.

—No, es fea.

—¡Noooo, *e* guapa!—protestó.

—Sí, es guapa—concedió Marcelino.

La llamó Lina en su honor; decía que le recordaba a él. No protestó. Quería al niño que fue su hermano más que a nada en este mundo. Lina apenas duró unos días. Una mañana la tela de araña estaba rota y ella no estaba en ningún lado, y su hermano lloró.

El niño aún tardó unos años en morir y dejarlo tan solo. Pero, para entonces, Marcelino tampoco lloró.

Eran una vieja y un viejo que sólo tenían para comer un queso.

Era un ratón que vino y se comió el queso que sólo tenían para comer la vieja y el viejo.

Lo cierto es que casi se podía ver cómo avanzaban las sombras. Parecía que el día se retirara caminando tranquilamente de vuelta a casa después de una buena jornada de trabajo. Y cuando los valles estaban repletos de noche, las cumbres de las montañas todavía recibían los restos de luz dorada, como islas en medio de gigantescos lagos negros. Así llegaba un momento en el que las primeras farolas del pueblo, de luz amarillenta y muy separadas entre sí, comenzaban a parpadear para finalmente encenderse mientras el cielo todavía era azul y se podía sentir mejor que nunca el roce de la tierra contra el firmamento.

Desde casa de Lino, las luces del pueblo se asemejaban a una constelación modesta, nostálgica y tranquila. Desde abajo, la farola frente a la que todavía era su casa, casi en la cima, era la última en encenderse, al mismo tiempo que Venus.



San Antolín es la capital del concejo de San Antolín, que es tan extenso como Londres o Madrid, pero con seiscientos veinticuatro habitantes censados. Censados, ya que la mitad, en concreto la mitad que tiene menos de sesenta años, se ha ido y sólo vuelve en vacaciones.

Los que conocéis el concejo lo hacéis por la reserva natural del Neva—llamada como el río que ha cincelado la mayoría de los valles—, por lo bien conservadas que están las aldeas y, hasta hace no mucho, por un sanatorio y balneario donde se rumorea que pasaba largas temporadas el

malogrado y hemofílico Príncipe de Asturias, Alfonso de Borbón y Battenberg, antes de renunciar a todo para convertirse en el príncipe de la juerga y la locura. También es conocido por el eterno silencio y por el eterno mal tiempo, aunque eso no es exclusivo del concejo.

Poblado desde tiempos prerromanos, como demuestran la gran cantidad de pequeños castros desenterrados por arqueólogos ociosos, por lo demás no ha salido de allí ningún personaje digno de mención en toda la historia de la humanidad. De hecho, para no ser menos que los demás y tener también un busto frente al ayuntamiento, colocaron uno de un maestro rural de principios del siglo xx cuyo único mérito fue enseñar el abecedario a algunos niños sin pegarles.

A pesar de que san Antolín fue un mártir francés del siglo v, patrón de los cazadores de sobra conocido, la iglesia de la parroquia está dedicada a san Antonio, que es el patrón de los animales, sin que a nadie le haya importado nunca esta contradicción.

A San Antolín se puede llegar por el sur, bajando desde el puerto de montaña leonés de la Grada durante unos cuarenta kilómetros de curvas y precipicios. O se puede llegar por el norte, tras abandonar a la altura de Villar la cómoda y rápida autovía que cruza toda Asturias asomada al mar Cantábrico, y continuar durante doce kilómetros por una carretera regional que discurre junto al río Neva. Este camino es el que normalmente escogen los habitantes más jóvenes para huir y los turistas rurales para llegar. Estos últimos suelen vestir ropa de montaña, como si fueran a escalar el Himalaya y no a comerse una Flecha de San Antonio—popular dulce de la zona hecho de huevos y azúcar—, tomar unas sidras y comprar alguna artesanía.

Hay que reconocer que la sensación de abandonar el mundo actual puede ser reconfortante. Casi podríais pen-

sar que esos pueblecitos con casas de piedra caliza y tejados de pizarra son decorados puestos ahí para vuestro disfrute. Sobre todo cuando, después de kilómetros de bosques y valles estrechos al fondo de los cuales nunca llegan los rayos del sol, la carretera desemboca en el amplio y luminoso valle que San Antolín comparte con otras dos pequeñas aldeas: Carriles y Cobre; aunque esta última, casi en la cumbre, como un milano contemplando su zona de caza, apenas cuenta con tres casas, dos de las cuales están deshabitadas y tienen el techo hundido como unos cojines despanzurrados.

En San Antolín hay una ferretería y tienda de material agrícola, un supermercado, tres sidrerías, una pastelería, seis tiendas de recuerdos y dos hoteles rurales. Cuenta con un ayuntamiento, un cuartel de la Guardia Civil, un centro social con unas cuantas mesas, barajas de cartas y unos libros, y un centro médico donde se pasa consulta los jueves por la mañana. En la parada de taxis hay dos vehículos que, junto con un autobús desvencijado que viene desde Villar los días de mercado, dan servicio a todo el concejo. Antes había una escuela de primaria, pero hace décadas que no hay niños suficientes y los pocos que hay suelen pasar el curso internos en un colegio de Villar; de lo contrario, en invierno, con la nieve, no podrían ir a la escuela.

Hace ocho años que llegó el ADSL y diez desde que hay cobertura de telefonía móvil, aunque únicamente de una compañía. Las cadenas de televisión privadas no se sintonizaron hasta el año 2002.

Cuando Marcelino era niño, todos los prados estaban limpios y peinados. Recuerda a las muchas familias que durante esas fechas se afanaban en segar y recoger las bendiciones de la tierra. Los hombres cercenando la alta hierba con

sus guadañas en precisas semicircunferencias. Las mujeres y los niños, detrás de ellos, disponiéndola en hileras para, días después, apilarla alrededor de postes de madera clavados en la tierra. Las semillas flotando en el aire dorado. Era el viejo mundo, que se había ido, igual que casi todos los habitantes de los pueblos. Ya no escuchaba risas y la mayoría de los prados cercanos estaban siendo comidos por el bosque sin que a nadie le importara. Tan sólo se oía, de vez en cuando, el motor lejano de algún aldeano que segaba con la segadora, como si tuviera prisa. Si hubiera sido posible, él mismo se habría ocupado de todos los prados hasta donde alcanzaba su vista. Los habría segado, habría arreglado las empalizadas y los habría llenado de apacibles vacas para que los atardeceres se poblaran de nuevo con el sonido de los tranquilos y profundos cencerros, que siempre habían sonado, pero que, ahora, prácticamente habían desaparecido dejando huérfanos esos montes, a disposición de las alimañas y de los helechos.

Marcelino avanzaba lentamente, abriéndose camino con su guadaña: era el último responsable de mantener el caos a raya.

Escuchó un doloroso mugido en la lejanía y se incorporó.

Le acarició la cabeza para que se tranquilizara. El resto de vacas seguían comiendo, ignorando a su parturienta compañera. Marcelino introdujo la mano en la gran vulva y avanzó hasta meter todo el brazo. Tocó el cuerpo del ternero, que se movía inquieto al fondo, y se aseguró de que venía recto. Por fortuna todo parecía correcto, así que se limitó a dejar que la naturaleza siguiera su curso mientras trataba de tranquilizar a la madre, una gran vaca pinta que era la favorita de Marcelino y por la que sentía más afecto

del que jamás había sentido por ninguna mujer aparte de su madre. Al anochecer, el pequeño ternero temblaba en el suelo y trataba de ponerse de pie.

Podía haberse ido a casa y volver por la mañana, pero desde hacía un tiempo el Lobo, que en otras épocas sólo habitaba las leyendas y los cuentos de miedo, había recuperado su reino. No eran raras las noches que lo escuchaba aullar, sobre todo en invierno, cuando el Lobo se acercaba a los pueblos en busca de comida—una gallina, un ternero, una oveja, aunque no le hacía ascos a un perro—. Así que aunque la noche era cálida y serena, prendió un fuego. Comió unas moras que recogió en las lindes del prado. Bebió leche directamente de la teta, su cabeza junto a la del ternero. Luego, fumó un cigarro. Se durmió profundamente y tan sólo despertó dos veces para comprobar que todo seguía siendo perfecto.



Sofía no sabe cuántos años tiene. Calcula a ojo, porque sí sabe que nació durante la última de nuestras guerras, pero tampoco tiene muy claro cuándo tuvo lugar ésta.

Su partida de nacimiento ardió en un incendio o se extravió o su padre no la registró porque había mejores cosas que hacer que perder dos días de ida y dos de vuelta caminando por el monte para ir a Rodiles a decir que había tenido otro hijo, cuando a lo mejor éste tampoco duraba ni unos meses, y su DNI trae una fecha al azar. Su auténtica partida de nacimiento es una cicatriz pequeña, alargada y sin pelo que tiene en la sien derecha y que enseña si alguien le pregunta.

Según cuenta, cuando llegaron «los gallegos y los moros», toda su familia escapó al bosque. Ella era un bebé y su hermana Remedios, que no tendría más de cinco años, la llevaba en brazos. Los moros pegaban tiros y los rojos

les respondían sin importarle a nadie que el pueblo hubiera quedado en primera línea de combate mientras todos dormían, en plena noche. Las balas silbaban a su alrededor; tantas eran que partían hasta las ramas. Cuando por fin llegaron a la Cuevona, su madre se asustó porque su hija estaba cubierta de sangre. Pero se tranquilizó al comprobar que la bala sólo había rozado la sien del bebé. Un poquín más para adentro y la habría matado. Un poquín más para fuera y habría matado a su hermana.

—Fue un milagro—dice, y se recoloca el pelo atusándose con un gesto delicado—. Así que mira: yo nací entonces y mi hermana, también. Nacimos a la vez.

Lo que sí sabe es que no nació aquí. Sofía nació en San Andrés del Monte, a unas siete horas caminando en dirección este. Pasando las cuatro casas de la aldea de La Condesa. Incluso pasando la sierra de Guanga. Un pueblo muy soleado en la ladera del monte Bueymuerto. Un buen pueblo que incluso tiene una casona señorial estilo indiano, una iglesia y, por supuesto, un bar, pero los tres en ruinas y comidos por la maleza, pues hace treinta años que murió el último vecino. Y ahora es un pueblo fantasma porque, como estaba deshabitado y no había votantes, ningún político se preocupó de convertir en carretera el camino de tierra ni de llevar allí la electricidad, condenándolo así a disolverse con el Viejo Mundo: otra vez entre dos frentes. Sofía es la única superviviente.

Todos los veranos Sofía echa a caminar y no para hasta que llega a su pueblo. Parece increíble, pues su espalda está tan torcida que cuando camina da la impresión de estar

labrando. Pero cualquiera de los senderistas que de cuando en cuando llegan a San Andrés del Monte pueden atestiguarlo. El cementerio está en ruinas. Un ala de nichos hace tiempo que se derrumbó, dejando al descubierto los cuadrados como un panal gigante abandonado. Primero el musgo y después, encima de él, la hierba han borrado las tumbas. Todas las lápidas son hojas con la tinta desvaída donde ya no se puede leer ninguna historia. Los dos ángeles de piedra, que custodian espada en mano la absurda vanidad del panteón del que fue dueño de la casa indiana, carecen de nariz, y el carbón de los años ha convertido sus ojos en fosas de calavera. Desde lejos es ya casi indistinguible y parece estar a punto de ahogarse en la naturaleza entre burbujas de distinta tonalidad de verde. Salvo tres tumbas, que relucen blancas y gastadas. Las dos de sus padres y una más pequeña: un montón de tierra con una piedra encima y una cruz blanca de madera. Esta última es la tumba de su primer hijo, un bebé al que sesenta años después todavía llora cuando la fiebre o el alcohol la ponen triste. Y lo mismo con la que fue su casa. Pequeña, pobre, helada, pero con las ventanas intactas, el tejado entero, la maleza a raya, el felpudito, como un perro anciano y fiel, frente a la puerta.

Qué sentirá cuando llega tan sola a los escenarios derruidos de su memoria. Qué fantasmas saludará a la entrada del pueblo y quién la recibirá con los brazos abiertos. Qué pensará al oscurecer, sentada en una sillita frente a su casa, con una vela a su lado y millones de sombras creciendo a su alrededor. Tal vez pueda verlo todo tal cual era. Quizá donde vosotros veis una plazoleta llena de arbustos, con un bebedero de piedra donde ya sólo mata la sed algún asturcón salvaje, rodeada por tres de los cuatro lados de casas huecas, ella vea a los mozos tomando un chato de vino, en un

banco corrido frente al bar, después del trabajo, bromeando y piropeando a las chavalas:

—¡Qué guapa estás, Sofía!

Puede que los niños jueguen y den gritos de alegría. El maravilloso encuentro del cencerro de las vacas de vuelta a la cuadra y las campanas de la pequeña iglesia que resuenan por todo el valle. Los grillos y las ranas en el río y el cuco y los perros que ladran porque tienen miedo de que el día acabe y ya no vuelva. Los gritos y los golpes secos de los hombres que juegan al dominó al otro lado del teatro de marionetas que son los recuadros amarillos de las ventanas del bar, donde las sombras de sus cabezas, proyectadas en la pared por el candil, parecen querer escapar. Las conversaciones de las mujeres, repasando la novela cotidiana a la puerta de sus casas. Quizá todo y todos estén ahí todavía, quizá permanezcan porque aún está ella para recordarlos.

Miradla, sentadita en una sillita de mimbre frente a la que era su casa. Ella dice que cuando muera quiere ser enterrada allí, donde los suyos, y sus hijos desesperan. Un nieto ha propuesto incinerarla y llevar las cenizas al cementerio. Incluso tirar unas pocas en la plaza del pueblo. A ella no se lo han dicho, pero están todos de acuerdo.

Lino bajaba de vez en cuando a comprar lo justo y necesario. Pero no iba al mercado, ya que evitaba a la gente. Y tampoco iba a San Antolín, sino al bar de la cercana aldea de Carriles, donde además vendían cuatro productos básicos para los ancianos a los que nadie cuidaba.

Cuando por la mañana volvió a casa, ordeñó las vacas y bajó hasta la carretera, donde dejó la lechera que recogía todos los días un camión cisterna, y por la que le pagaban unos pocos euros que suponían todos sus ingresos. Se sor-

prendió de que el coche de su hermano ya no estuviera en el cruce. Volvió sobre sus pasos y comprobó que tampoco su hermano, ni el hacha, estaban ya en la leñera. Supuso que había entrado en casa, sin duda buscándolo, enfadado, sediento de venganza. Había marcas de dedos, como huellas de animales pequeños que se persiguieran, en la gruesa capa de polvo que cubría los muebles. Los armarios estaban abiertos y mostraban los trapos amarillentos y semipodridos que en otro tiempo fueron ropas. No se había molestado en cerrar los cajones, y los objetos que contenían—cosas muertas como tornillos, clavos, alambres, mangos de cubiertos, corchos o casquillos de bombilla—parecían las tripas oxidadas de un mal recuerdo. Alarmado, levantó un trozo de madera del suelo y sacó la caja de metal donde guardaba todos sus tesoros: una pistola Astra de cuando la guerra, una navaja plateada con forma de pez, una foto de su madre con su hermano de niño en brazos, junto a su padre—cuya cara había sido borrada rascando con una llave—, y mil euros en billetes pequeños que había ahorrado durante los últimos años con la intención de comprarse una mula, mitad porque la necesitaba, mitad porque le gustaban. Todo estaba en su sitio; su hermano no había encontrado lo que buscaba.

Así que esta vez no podía ir al bar de Carriles, pues era casi seguro que estaría allí tragando su rabia con alcohol. No le quedó otro remedio que bajar hasta el fondo del valle, a San Antolín, donde, como todos los domingos, había mercado.

El puente de piedra sobre el río Neva por el que se entraba a San Antolín era tan estrecho que sólo cabía un coche, así que siempre había un pequeño atasco. Pero salvo algún

pitido que otro, y que casi sonaba alegre, como si tocara el claxon un niño jugando en las rodillas de su padre, nadie protestaba, pues tampoco había prisa. Qué iba a haber. Una diminuta nube flotaba en el cielo azul acentuando su inmensidad. La luz era tan limpia y clara que los miopes no necesitaban gafas. La lejana cordillera, a cuyos pies se apelotonaban como cachorros todos los pequeños valles, reinaba rocosa, blanca y distraída. Un puñado de viejas campesinas charlaban junto a un capazo de avellano trenzado donde ofrecían las cuatro verduras que les habían sobrado de la pequeña cosecha con la que vivían. Unos cuantos gitanos vendían bragas y zapatillas de plástico que se deshacían a los pocos pasos. Algunos negros sonreían entre cinturones y bolsos de cuero falsamente artesanales que olían como si acabaran de despellejar a la pobre vaca. Os juramos que había un puesto de casetes y que la gente los compraba. Y los bares estaban a rebosar y las terrazas repletas, y algunos clientes habían sacado los taburetes de la barra y se sentaban en las aceras, que estaban tan llenas de servilletas arrugadas y de palillos que parecían nevadas. Todo el mundo hablaba a gritos manoteando el aire. Hasta el último desgraciado era feliz y todos se comportaban como si fueran inmortales, probablemente porque en ese preciso instante lo eran.

Todos menos Lino, que caminaba pegado a las paredes, tratando de pasar desapercibido, no fueran a decirle algo que él, por supuesto, no comprendería bien. Siempre lo mismo. Abrían mucho la boca como si fueran a morderle, gesticulaban, contraían los músculos de la cara, parecía que los ojos se les fueran a salir de las órbitas y a caer rodando a sus pies y entonces qué haría él, qué podría hacer él si era tonto y no entendía nada.

Así que entró en la ferretería La Llave. Le gustaba ese sitio porque Artemio era seco y no hablaba más que lo justo.